

CUENTO N° 73

TITULO: UN ENCUENTRO EN LA GUARDILLA

SEUDÓNIMO: DON POAL

AUTOR: MAURICIO IVÁN ACUÑA PÉREZ

Un encuentro en la guardilla.

Don Poal.

Una mañana de invierno, por un orificio que había en el techo, ingresó una araña de patas flacas hasta una guardilla que había estado mucho tiempo sin uso. En el interior pudo percibir que se trataba de un lugar sombrío, justo a la mitad existía una tenue luz. Ahora más orientada, la sensibilidad de sus aglutinados ojos y pelos detectaron el calor que provenía de un pequeño ventanal. Descendió con habilidad por una de las paredes, hasta llegar al lugar donde rebotaban los tenues rayos de luz. Su naturaleza la guiaba a migrar y buscar un lugar seco, seguro, tibio. Luego de recorrer el recinto, pensó que sería un buen lugar para construir su nido. Pero igual debía ubicar un rincón especial, donde pudiese erigir con sus fluidos la nueva telaraña. Su proyecto sería: una obra arquitectónica con seda elástica pegajosa de forma espiral y resistente, destinada a guarida y trampa para pasar el invierno.

Luego de unos minutos, ya más adaptada al nuevo ambiente, trepó hasta la esquina de un estante, creyendo que aquel ángulo sería una buena zona estratégica para instalar su complejo y fino tejido. Al momento de pasar por una de las divisiones de la repisa, divisó un voluminoso libro de tapa café arrugada. En su lomo habían raros símbolos dorados de diferentes tamaños que irradiaban un bello cromatismo que jugaba con los haces de luz del ventanal. Se detuvo a contemplar aquella atractiva distracción. Luego de unos segundos con sigilo continuó escalando, mientras seguía concentrada en su tarea, se detuvo al escuchar una voz con sonsonete elegante, que le habló lo siguiente:

—Muy buenos días: «Pholcus Phalangioides».¹ ¿Andáis buscando dónde dormir?— Le preguntó el libro que de reojo la había contemplado cuando iba subiendo el costado de la repisa.

¹ Es una araña de patas largas, es una especie de la familia Pholcidae.

—La araña que no sabía quién había hablado, abrió sus ocho ojos muy asustada, exclamando:

— ¡Quién está aquí!—

— ¡Acá debajo de usted! Soy el libro.

—Extrañada pues nadie le había llamado por su nombre científico—la araña—en alerta descendió hasta el lugar desde donde provenía aquella voz. Al llegar se dio cuenta que era el mismo libro, que momentos antes la había sorprendido por su belleza y colores, dirigiéndose a éste preguntó:

—Mi estimado libro, tengo gran curiosidad por saber: ¿Cómo supo mi verdadero nombre? Yo soy conocida como una araña doméstica. Es primera vez que me han llamado por mi verdadero nombre.

—Bueno, mi estimada araña. Yo era una obra que por muchos años serví en una de las principales bibliotecas de España. Allí, como es habitual se dialoga y comparte con ilustradas enciclopedias. De una de ellas aprendí del maravilloso Reino Animal. Dado a ese conocimiento me ha sido fácil identificar a vuestra especie. —Respondió con voz melancólica el libro— que no podía moverse, sólo podía ver a su contertulia.

—Vaya, vaya que interesante y sabio es usted—, replicó la araña, ahora más tranquila y detenida frente al libro.

— ¿Pero cómo terminó usted en este estante? ¿Y además, tan solitario?—le representó la araña.

Mi historia es así, respondió el corpulento libro:

—Cuando envejecí me reemplazaron por una nueva edición. Luego me llevaron a una casa de antigüedades. Allí fui recogido por la mano del hombre. Por un tiempo disfrutaba cuando me hojeaban y buscaban los significados en mis carillas. Pero luego creo que no fui útil con la llegada de la tecnología. Y de la noche a la mañana aparecí viviendo en este estante.

— ¿Creo andáis buscando un buen lugar donde podáis pasar este frío invierno?— Acotó el libro—.

—Claro esa es mi intención. Encontré un buen lugar queda más arriba donde vive usted. ¿No le molesta?—Expuso la araña ya muy en confianza—.

—No, por el contrario, porque sois una especie de natural instinto de sobrevivencia y cuidadosa del medio ambiente. Sobre todo por la higiene de los depredadores insectos que destruyen mis hojas. Os doy la más cordial bienvenida al vecindario. Llevo tantos años en este estante y nadie tiene interés en leer mi contenido, casi no recuerdo de qué trata mi vida. ¿Vos podrías leer mis hojas para recordar que dicen?

—Es que no sé leer— Sólo desde pequeña me he dedicado a tejer de maravilla, eso sí me encantaría aprender el arte de la literatura. —Respondió la araña, con voz contenta y segura.

—Como veis soy bastante voluminoso, pues empiezo en la letra A y finalizo en la Z. Pensaba que con la cantidad de ojos que poséis erais buena lectora. Me alegra tu honesta respuesta, me ha conmovido. ¡Os propongo lo siguiente!—dijo con voz elocuente el libro—

—Yo os enseñaré a leer. Y vos a cambio me enseñaréis el arte del tejido. Así, de forma educativa y entretenida pasaremos este largo y frío invierno que se nos avecina. Además os dejare que durmáis en mis hojas, para que no paséis frío.

¿Os parece una buena idea?—consultó el libro a su futura vecina—.

«El reloj se mantuvo a paso firme, el invierno fue inadvertido por la araña y el libro. Ambos mancomunaron un dúo de profunda amistad. La araña aprendió a leer. El libro envejeció muchos más y sus tapas se protegieron con una sedosa y bella telaraña».

FIN

